

sillo del pantalón llevaba no eran paja, se denunciaban sonando una contra otra. Por evitar este ruido importuno, Maximiliano se metió un pañuelo en aquel bolsillo, atarugándolo bien para que las piezas de plata y oro no chistasen; y así fué en efecto, pues en todo el trayecto desde Chamberí hasta la casa de Torquemada, el oído de doña Lupe, que siempre se afinaba con el rumor de dinero como el oído de los gatos con los pasos de ratón, y hasta parecía que entiesaba las orejas, no percibió nada, absolutamente nada. El sobrinito, cuando creía que las monedas se movían, atarugaba el bolsillo como quien ataca un arma. ¡Creeríase que le había salido un tumor en la pierna!...

## II

Afanos y contratiempos  
de un redentor.

## I

Grande fué el asombro de Fortunata aquella noche cuando vió que Maximiliano sacaba puñados de monedas diferentes y contaba con rapidez la suma apartando el oro de la plata. A la sorpresa un tanto alegre de la joven, siguió pronto sospecha de que su improvisado amigo hubiese adquirido aquel caudal por medios no muy limpios. Creyó ver en él un hijo de familia que, arrastrado de la pasión y cegado por la tontería, se había incautado de la caja paterna. Esta idea la mortificó mucho, haciéndole ver la cruel insistencia con que su destino la maltrataba. Desde que fué lanzada á los azares de aquella vida, se había visto siempre unida á hombres groseros, perversos ó tramposos, *lo peor de cada casa.*

No dejó entrever á Maximiliano sus sospechas sobre la procedencia del dinero, que, viniere de donde viniese, no podía ser mal recibido, y poco á poco se fué tranquilizando al ver que el apreciable muchacho hacia alarde de po-

seer ideas económicas enteramente contrarias á las de sus predecesores. «Esto—dijo mostrándole un grupito de monedas de oro—es para que desempeñes la ropa que te sea más necesaria... Los trajes de lujo, el abrigo de terciopelo, el sombrero y las alhajas se sacarán más adelante, y se renovará el préstamo para que no se pierdan. Olvidate por ahora de todo lo que es pura ostentación. Acabóse el barullo. Se gastará nada más que lo que se tenga, para no hacer ni una trampa, pero ni una sola trampa. Fíjate bien.» Esta sensatez era cosa nueva para Fortunata, y empezó á corregir algo sus primeras ideas acerca de su amante y á considerarle mejor que los demás. En los días siguientes Olmedo confirmó esta buena opinión, hablándole con vivos encarecimientos de la formalidad de aquel chico y de lo muy arregladito que era.

Quedó convenido entre Fortunata y su protector tomar un cuarto que estaba desalquilado en la misma casa. Rubín insistió mucho en la modestia y baratura de los muebles que se habían de poner, porque... (para que se vea si era juicioso) «conviene empezar por poco». Después se vería, y el humilde hogar iría creciendo y embelleciéndose gradualmente. Aceptaba ella todo sin entusiasmo ni ilusión alguna, más bien *por probar*. Maximiliano le era poco simpático; pero en sus palabras y en sus acciones había visto desde el primer momento la

persona decente, novedad grande para ella. Vivir con una persona decente despertaba un poco su curiosidad. Dos días estuvo ocupada en instalarse. Los muebles se los alquiló una vecina que había levantado casa, y Rubín atendió á todo con tal tino, que Fortunata se pasmaba de sus admirables dotes administrativas, pues no tenía ni idea remota de aquel ingenioso modo de defender una peseta, ni sabía cómo se recorta un gasto para reducirlo de seis á cinco, con otras artes financieras que el excelente chico había aprendido de doña Lupe.

Tratando de medir el cariño que sentía por su amiga, Maximiliano hallaba pálida é inexpressiva la palabra querer, teniendo que recurrir á las novelas y á la poesía en busca del verbo amar, tan usado en los ejercicios gramaticales como olvidado en el lenguaje corriente. Y aun aquel verbo le parecía desabrido para expresar la dulzura y ardor de su cariño. Adorar, idolatrar y otros, cumplían mejor su oficio de dar á conocer la pasión exaltada de un joven enclenque de cuerpo y robusto de espíritu.

Cuando el enamorado se iba á su casa, llevaba en sí la impresión de Fortunata transfigurada. Porque no ha habido princesa de cuento oriental ni dama del teatro romántico que se ofreciera á la mente de un caballero con atributos más ideales ni con rasgos más puros y nobles. Dos Fortunatas existían entonces: una la de

carne y hueso, otra la que Maximiliano llevaba estampada en su mente. De tal modo se utilizaron los sentimientos del joven Rubín con aquel extraordinario amor, que éste le inspiraba no sólo las buenas acciones, el entusiasmo y la abnegación, sino también la delicadeza, llevada hasta la castidad. Su naturaleza pobre no tenía exigencias; su espíritu las tenía grandes, y éstas eran las que más le apremiaban. Todo lo que en el alma humana puede existir de noble y hermoso brotó en la suya, como los chorros de lava en el volcán activo. Soñaba con redenciones y regeneraciones, con lavaduras de manchas y con sacar del pasado negro de su amada una vida de méritos. El generoso galán veía los más sublimes problemas morales en la frente de aquella infeliz mujer, y resolverlos en sentido del bien parecía la más grande empresa de la voluntad humana. Porque su loco entusiasmo le impulsaba á la salvación social y moral de su ídolo, y á poner en esta obra grandiosa todas las energías que alborotaban su alma. Las peripecias vergonzosas de la vida de ella no le desalentaban, y hasta medía con gozo la hondura del abismo del cual iba á sacar á su amiga; y la había de sacar pura ó purificada. En aquellas confidencias que ambos tenían, creía Maximiliano advertir en la pecadora un cierto fondo de rectitud y menos corrupción de lo que á primera vista parecía. ¿Se equivocaría en esto? A veces

lo sospechaba; pero su buena fe triunfaba al instante de esta sospecha. Lo que sí podía sostener sin miedo á equivocarse era que Fortunata tenía vivos deseos de mejorar su personalidad, es decir, de adecentarse y pulirse. Su ignorancia era, como puede suponerse, completa. Leía muy mal y á trompicones, y no sabía escribir.

Lo esencial del saber, lo que saben los niños y los paletos, ella lo ignoraba, como lo ignoran otras mujeres de su clase y aun de clase superior. Maximiliano se reía de aquella incultura rasa, tomando en serio la tarea de ir la corrigiendo poco á poco. Y ella no disimulaba su barbarie; por el contrario, manifestaba con graciosa sinceridad sus ardientes deseos de adquirir ciertas ideas y de aprender palabras finas y decentes. Cada instante estaba preguntando el significado de tal ó cual palabra, é informándose de mil cosas comunes. No sabía lo que es el Norte y el Sur. Esto le sonaba á cosa de viento; pero nada más. Creía que un senador es algo del Ayuntamiento. Tenía sobre la imprenta ideas muy extrañas, creyendo que los autores mismos ponían en las páginas aquellas letras iguales. No había leído jamás libro ninguno, ni siquiera novela. Pensaba que Europa es un pueblo y que Inglaterra es un país de acreedores. Respecto del sol, la luna y todo lo demás del firmamento, sus nociones pertenecían al or-

den de los pueblos primitivos. Confesó un día que no sabía quien fué Colón. Creía que era un general, así como O'Donnell ó Prim. En lo religioso no estaba más aventajada que en lo histórico. La poca doctrina cristiana que aprendió se le había olvidado. Comprendía á la Virgen, á Jesucristo y á San Pedro; les tenía por muy buenas personas, pero nada más. Respecto á la inmortalidad y á la redención, sus ideas eran muy confusas. Sabía que arrepintiéndose uno, bien arrepentido, se salva; eso no tenía duda, y por más que dijeran, nada que se relacionase con el amor era pecado.

Sus defectos de pronunciación eran atroces. No había fuerza humana que le hiciera decir *fragmento, magnífico, enigma* y otras palabras usuales. Se esforzaba en vencer esta dificultad, riendo y machacando en ella; pero no lo conseguía. Las *eses* finales se le convertían en *jotas*, sin que ella misma lo notase ni evitarlo pudiera, y se comía muchas sílabas. Si supiera ella qué bonita boca se le ponía al comérselas, no intentara enmendar su graciosa incorrección. Pero Maximiliano se había erigido en maestro, con rigores de domine é ínfulas de académico. No la dejaba vivir, y estaba en acecho de los solecismos para caer sobre ellos como el gato sobre el ratón. «No se dice *diferencia*, sino *diferencia*. No se dice *Jacometrenzo*, ni *Espiritui Santo*, ni *indilugencias*. Además, *escamón* y *esca-*

*marse* son palabras muy feas, y llamar *tiologías* á todo lo que no se entiende es una barbaridad. Repetir á cada instante *pa chasco* es costumbre ordinaria», etc...

Lo mejorcito que aquella mujer tenía era su ingenuidad. Repetidas veces sacó Maximiliano á relucir el caso de la deshonra de ella, por ser muy importante este punto en el plan de regeneración. El inspirado y entusiasta mancebo hacía hincapié en lo malo que son los señoritos, y en la necesidad de una ley á la inglesa que proteja á las muchachas inocentes contra los seductores. Fortunata no entendía palotada de estas leyes. Lo único que sostenía era que el tal Juanito Santa Cruz era el único hombre á quien había querido de verdad, y que le amaba siempre. ¿Por qué decir otra cosa? Reconociendo el otro con caballeresca lealtad que esta consecuencia era laudable, sentía en su alma punzada de celos, que trastornaba por un instante sus planes de redención.

—¿Y le quieres tanto, que si le vieras en algún peligro le salvarías?

—Claro que sí... me lo puedes creer. Si le viera en un peligro, le sacaría en bien, aunque me perdiera yo. No sé decir más que lo que me sale de *entre mí*. Si no es verdad esto, que no llegue á la noche con salud.

Se puso tan guapa al hacer esta declaración, que Rubín la miró mucho antes de decir:

—No, no jures; no necesitas jurarlo. Te creo. Di otra cosa. Y si ahora entrara por esa puerta y te dijera: «Fortunata, ven», ¿irías?

Fortunata miró á la puerta. Rubín tragaba saliva y buscaba en el sitio donde tenemos el bigote algo que retorcer, y encontrando sólo unos pelos muy tenues, los martirizaba cruelmente.

—Eso... según...—dijo ella plegando su entrecejo.—Me iría ó no me iría...

## II

Maximiliano quería saberlo todo. Era como el buen médico que le pide al enfermo las noticias más insignificantes del mal que padece y de su historia para saber cómo ha de curarle. Fortunata no ocultaba nada; eso bueno tenía, y el doctor amante se encontraba á veces con más quizás de lo necesario para la prodigiosa cura. ¡Y qué horrorizado se quedaba oyendo contar lo mal que se portó el seductor de aquella hermosura! El honradísimo aprendiz de farmacéutico no comprendía que pudieran existir hombres tan malos, y las penas todas del infierno parecíanle pocas para castigarles. Criminal más perverso que los asesinos y ladrones era, según él, el señorito seductor de doncella pobre, que le hacía creer que se iba á casar con ella, y después la dejaba plantada en medio del arroyo

con su chiquillo ó con las visperas. ¿Por cuánto haría esto él, Maximiliano Rubín?... El tal Juanito Santa Cruz era, pues, el hombre más infame, más execrable y vil que se podía imaginar. Pero la misma ofendida no extremaba mucho, como parecía natural, los anatemas contra el seductor, por cuya razón tuvo Maximiliano que redoblar su furia contra él, llamándole monstruo y otras cosas muy malas. Fortunata veíase forzada á repetirlo; pero no había medio de que pronunciara la palabra *monstruo*. Se le atravesaba como otras muchas, y al fin, después de mil tentativas que parecían náuseas, la soltaba de entre sus bonitísimos dientes y labios como si la escupiera.

Prefería contar particularidades de su infancia. Su difunto padre poseía un cajón en la plaza, y era hombre honrado. Su madre tenía, como Segunda, su tía paterna, el tráfico de huevos. Llamábanla á ella desde niña la *Pitusa*, porque fué muy raquítica y encanijada hasta los doce años; pero de repente dió un gran estirón, y se hizo mujer de talla y de garbo. Sus padres se murieron cuando ella tenía doce años... Oía estas cosas Maximiliano con mucho placer. Pero con todo, mandábala que fuese al grano, á las cosas graves, como lo referente al hijo que había tenido. Cuando parte de esta historia fué contada, al joven le faltó poco para que se le saltaran las lágrimas. La tierna criatura, sin más

amparo que su madre pobre, la aflicción de ésta al verse abandonada, eran en verdad un cuadro tristísimo que partía el corazón. ¿Por qué no le citó ante los tribunales? Es lo que debía haber hecho. A estos tunantes hay que tratarles á la baqueta. Otra cosa. ¿Por qué no se le ocurrió darle un escándalo, ir á la casa con el crío en brazos y presentarse á doña Bárbara y á D. Baldomero y contarles allí bien clarito la gracia que había hecho su hijo?... Pero no; esto no hubiera sido muy conforme con la dignidad. Más valía despreciarle, dejándole entregado á su conciencia, sí, á su conciencia, que buen jaleo le había de armar tarde ó temprano.

Fortunata, al oír esto, fijaba sus ojos en el suelo, repitiendo como una máquina aquello de que lo mejor era el desprecio. Sí, despreciarle, repetía el otro, pues era ignominia solicitar su protección. Aunque le dieran lo que le dieran, no era capaz Fortunata de decir *ignominia*. Maximiliano insistió en que había sido una gran falta pedir amparo al mismo Juanito Santa Cruz, á aquel infame, cuando volvió ella á Madrid y le cayó su niño enfermo.

—Pero, tontín, si no es por él, no hubiéramos tenido con qué enterrarle—dijo Fortunata saliendo á la defensa de su propio verdugo.

—Primero le dejo yo insepulto que recurrir... La dignidad, hija, es antes que todo. Fíjate bien en esto. Lo que quiero saber ahora es qué sujeto

era ese con quien te uniste después, el que te sacó de Madrid y te llevó de pueblo en pueblo como los trastos de una feria.

—Era un hombre traicionero y malo—dijo Fortunata con desgana, como si el recuerdo de aquella parte de su vida le fuera muy desagradable.—Me fui con él porque me vi perdida, y no tenía adónde volverme. Era hermano de un vecino nuestro en la Cava de San Miguel. Primeramente tuvo un cajón de casquería en la plaza, y después puso tienda de quincalla. Iba á todas las ferias con un sin fin de arcas llenas de baratijas, y armaba tiendas. Le llamaban *Juárez el negro* por tener la color muy morena. Viéndome tal mal me ofreció el oro y el moro, y que iba á hacer y á acontecer. Mi tía me echó de la casa y mi tío se desapareció. Yo estaba enferma, y Juárez me dijo que si me iba con él me llevaría á baños. Decía que ganaba montes y montones en las romerías, y que yo iba á estar como una reina. No se podía casar conmigo porque era casado; pero en cuantito que se muriera su mujer, que era una borrachona, cumpliría, si señor, cumpliría conmigo.

Y siguió relatando con rapidez aquella página fea, deseando concluirlo pronto. Lo del señorito Santa Cruz, siendo tan desastroso, lo refería con prolijidad y aun con cierta amarga complacencia; pero lo de *Juárez el negro* salía de sus labios como una confesión forzada ó testimonio

ante los tribunales, de esos que van quemando la boca á medida que salen. ¡Cuánto le pesó ponerse en manos de aquel hombre! Era un perdido, un charrán, una mala persona. Hubiérase resistido á seguirle si no le empujaran á ello los parientes con quienes vivía, los cuales no tenían maldita gana de mantenerle el pico. Pronto vió que todo lo que ofrecía Juárez el negro era conversación. No ganaba un cuarto; con el mundo entero armaba camorra, y todo el veneno que iba amasando en su maldecida alma, por la mala suerte, lo descargaba sobre su querida... En fin, vida más arrastrada no la había pasado ella nunca ni esperaba volverla á pasar... Con el dinero que Juanito Santa Cruz les dió cuando estuvieron en Madrid y se murió el niño, hubiera podido el muy bestia de Juárez arreglar su comercio; pero ¿qué hizo? Beber y más beber. El vinazo y el aguardientazo le remataron. Una mañana despertó ella oyéndole dar unos grandes gruñidos... así como si le estuvieran apretando el tragadero. ¿Qué era? Que se estaba muriendo. Saltó espantada de la cama, y llamó á los vecinos. No hubo tiempo de *suministrarle* y sólo le cogió la Unción. Esto pasaba en Lérida. A los dos días vendió sus cuatro trastos, y con los cuartos que pudo juntar plantóse en Barcelona. Había hecho juramento de no volver á tratar con animales. Libertad, libertad y libertad era lo que le pedían el cuerpo y el alma.

La verdad ante todo. ¿Para qué decir una cosa por otra? La franqueza es una virtud cuando no se tienen otras, y la franqueza obligaba á Fortunata á declarar que en la primera temporada de anarquía moral se había divertido algo, olvidando sus penas como las olvidan los borrachos. Su éxito fué grande, y su falta de educación ayudaba á cegarla. Llegó á creer que encenagándose mucho se vengaba de los que la habían perdido, y solía pensar que si el pícaro Santa Cruz la veía hecha un brazo de mar, tan elegantona y triunfante, se le antojaría quererla otra vez. ¡Pero sí, para él estaba!... Contó á renglón seguido tantas cosas, que Maximiliano se sintió lastimado. Tuvo precisión de  *echar un velo*, como dicen los retóricos, sobre aquella parte de la historia de su amada. El velo tenía que ser muy denso, porque la franqueza de Fortunata arrojaba luz vivísima sobre los sucesos referidos, y su pintoresco lenguaje los hacía re-  
verberar... Dió ella entonces algunos cortes á su relación, comiéndose no ya las letras, sino párrafos y capítulos enteros, y he aquí en substancia lo que dijo: Torrellas, el célebre paisajista catalán, era tan celoso que no la dejaba vivir. Inventaba mil tormentos, armándole trampas para ver si caía ó no caía. Tan odioso llegó á serle aquel hombre, que al fin se dejó ella caer. Metióse adrede en la trampa, conociéndola, por gusto de jugarle una partida al muy majadero,

porque así se vengaba de las muchas que le habían jugado á ella. Y nada más... Total, que por poco la mata el condenado pintor de árboles... Lo que más quemaba á éste era que la infidelidad había sido con un íntimo amigo suyo, pintor también, autor del cuadro de David mirando á... Fortunata no se acordaba del nombre, pero era una que estaba bañándose... A ninguno de los dos artistas quería ella; por ninguno de los dos hubiera dado dos cuartos, si se compraran con dinero. Más que ellos valían sus cuadros. Desde que engañó al primero con el segundo, se le puso en la cabeza la idea de pegársela á los dos con otro; y la satisfacción de este deseo se la proporcionó un empleado joven, pobre y algo simpático, que se parecía mucho á Juanito Santa Cruz.

Otro velo... Maximiliano se vió precisado á echar otro velo... «Cállate; hazme el favor de callarte» le dijo, pensando que, según iba saliendo la historia, necesitaba lo menos una pieza de tul. Pero ella siguió narrando. Pues, como iba diciendo, el tal joven salió también un buen punto. Una mañana, mientras ella dormía, le empeñó todas sus alhajas para jugar. Y aquí paz... Vino después un viejo que le daba mucho dinero y la llevó á París, donde se engalanó y afinó extraordinariamente su gusto para vestirse. ¡Viejo más cuco!... Había sido general car-cunda en la otra guerra, y trataba mucho con

gente de sotana. Era muy vicioso, y le daba muchas jaquecas con *tantismas* incumbencias como tenía. Un día se quemó ella y le plantó en la calle. Sucesor, Camps, que le puso casa con gran rumbo. Parecía hombre muy rico; pero luego resultó que era una trampa-larga. Antes de venir á Madrid le dió á ella olor de chubasco, y á poco de estar aquí vió que se venía la tempestad encima. Camps traía recomendaciones para el director del Tesoro, y quiso cobrar unos pagarés falsos de fusiles que se suponían comprados por el Gobierno. Una noche entró en casa muy enfurruñado, trincó una maleta pequeña, llenóla de ropa, pidió á Fortunata todo el dinero que tenía y dijo que iba al Escorial. Escorial fué, que no ha vuelto á parecer. Lo demás bien lo sabía Maximiliano... El sucesor de Camps había sido él, y ya se le conocía en cierto resplandor de sus ojos el orgullo que la herencia le produjera. Porque bien claro lo había dicho Fortunata. ¡Gracias á Dios que encontraba en su camino una persona decente!

Sentíase Maximiliano poseedor de una fuerza redentora, hermana de las fuerzas creadoras de la Naturaleza. ¡Ya vería el mundo la irradiación de bondad y de verdad que él iba á arrojar sobre aquella infeliz víctima del hombre! Desde que la conoció y sintió que el cielo se le metía en su alma, todo en él fué idealismo, nobleza y buenas acciones. ¡Qué diferencia entre él y los

perdularios en cuyas manos estuvo antes aquella pobrecita! Por mucho que se rebuscara en la vida de Rubín, no se encontrarían más que dolores de cabeza y otras molestias físicas; pero á ver: que le sacaran algún acto ignominioso, ni siquiera una falta.

## III

Una de las cosas á que Maximiliano daba más importancia para poner en ejecución su plan redentorista era que Fortunata le amara, porque sin esto la sublime obra iba á tener sus dificultades. Si Fortunata se prendaba de él, aunque se prendara por lo moral, que es la menor cantidad de amor posible, no era tan difícil que él la convirtiera al bien por la atracción de su alma. De esta necesidad de amor previo emanaba la insistencia con que Maximiliano le preguntaba á su ídolo si le quería ya algo, si le iba queriendo. Algunas veces contestaba ella que sí, con esa facilidad mecánica y rutinaria de los niños aplicados que se saben la lección; otras veces, más sincera y reflexiva, respondía que el cariño no depende de la voluntad ni menos de la razón, y por esto acontece que una mujer que no tiene pelo de tonta, se enamorisca de cualquier pelagatos y da calabazas á las personas decentes. Aseguraba estar muy agradecida á Maximiliano por lo bien que se había porta-

do con ella, y de aquella gratitud saldría con el trato el querer. Según Rubín, el orden natural de las cosas en el mundo espiritual establece que el amor nazca del agradecimiento, aunque también nace de otros padres. El corazón le decía, como él dice las cosas, á la calladita, que Fortunata le había de querer de firme; y esperaba con paciencia el cumplimiento de esta dulce profecía. Sin embargo, no las tenía todas consigo, porque como se dan casos de que salga fallido lo que el corazón anuncia, pasaba el pobre chico horas de verdadera angustia, y á solas en su casa se metía en unos cálculos muy hondos para averiguar el estado de los sentimientos de su querida. Rápidamente pasaba de la duda más cruel á las afirmaciones terminantes. Tan pronto pensaba que no le quería ni pizca como que le empezaba á querer, y todo era discutir y analizar palabras, gestos y actos de ella, interpretándolos de una manera ó de otra. «¿Por qué me dijo tal ó cual cosa? ¿Qué querría expresar con aquella reticencia?... Y aquella carcajadita, ¿qué significaba?... Ayer, cuando me abrió la puerta, no me dijo nada... Pero cuando me marché, díjome que me abrigara bien.

La casa estaba en una de las muchas rinconadas de la antigua calle de San Antón. En el portal había una relojería entre cristales, quedando tan poco espacio para la entrada, que los gordos tenían que pasar de medio lado; en el piso

bajo y tienda una bollería, que inundaba la casa de emanaciones de canela y azúcar. En el piso principal radicaba una casa de préstamos con farolón á la calle, y en ciertos días había en los balcones ventilación de capas empeñadas. Más arriba los pisos estaban divididos en viviendas estrechas y de poco precio. Había derecha, izquierda y dos interiores. Los vecinos eran de dos clases: mujeres sueltas, ó familias que tenían su comercio en el próximo mercado de San Antón. Hueveras y verduleras poblaban aquellos reducidos aposentos, echando sus hijos á la escalera para que jugasen. En uno de los segundos exteriores vivía Feliciano, y Fortunata en un tercero interior. Lo alquiló Rubín por encontrarlo tan á mano, con intención de tomar vivienda mejor cuando variaran las circunstancias.

Pasaba Maximiliano allí todo el tiempo de que podía disponer. Por la noche estaba hasta las doce y á veces hasta la una, no faltando ni aun cuando se veía acometido de sus terribles jaquecas. La sorpresa y confusión que á doña Lupe causaba esto no hay para qué decir, y no se satisfacía con las explicaciones que su sobrinito daba. «Aquí hay gato encerrado—decía la astuta señora,—ó en términos más claros: *gata encerrada.*»

Cuando Maximiliano iba con jaqueca á la casa de su amante, ésta le cuidaba casi tan bien como

la propia doña Lupe, y hacía los imposibles por conseguir que no metieran bulla los chicos de la huevera. Esto lo agradecía tanto el enfermo, que se le aumentara el amor, si fuera capaz de aumento lo que ya era tan grande. Observó con satisfacción que Fortunata salía á la calle lo menos posible. Por la mañana bajaba á hacer su compra con su cesta al brazo, y al cuarto de hora volvía. Ella misma se hacía la comida y limpiaba la casa, en cuyas operaciones se le iba casi todo el día. No recibía visitas de mujeres de conducta dudosa, y la suya era estrictamente ajustada á las prácticas de una vida regular. «Tiene la honradez en la medula de los huesos—decía Maximiliano rebosando alegría.—Le gusta tanto trabajar, que cuando tiene hecha una cosa la desbarata y la vuelve á hacer por no estar ociosa. El trabajo es el fundamento de la virtud. Lo que digo: esta mujer ha sido mala á la fuerza.»

En medio de estos dulcísimos ensueños de su alma arrebatada, sentía Maximiliano unos saetazos que le hacían volver sobresaltado á la realidad. Era como la feroz picada de un mosquito cuando estamos empezando á dormirmos dulcemente... Por mucho que se estirase el dinero sacado de la hucha, al fin se tenía que concluir, porque todo es finito en este mundo, y el metálico precisamente es una de las cosas más finitas que se pueden imaginar... ¡María Santísima!

Cuando el temido momento llegase..., cuando la última peseta del último duro fuera cambiada!... Si el mosquito le picaba á Maximiliano cuando estaba en su cama dormido ó preparándose á ello, incorporábase tan desvelado cual si fueran las doce del día, ó se ponía á dar vueltas en el lecho y á calentarlo con el ardor de su febril zozobra. A veces invocaba al cielo con íntimo fervor de oración. Esperaba que la obra generosa que había emprendido pesase mucho en las recónditas intenciones de la Providencia para que ésta le sacase del atolladero en que los amantes iban á caer. El no era un granuja; ella se estaba portando bien, y con su conducta echaba velos y más velos sobre lo pasado. Si la Providencia no tenía en cuenta estas circunstancias, ¿de qué le valía á uno portarse bien y ser un modelo de orden y buena fe? Esto es claro como el agua. Fortunata pensaba lo mismo cuando él le confiaba sus temores. Tenía que ser así, ó todo lo que se habla de la Providencia es patraña. Pronto diré cómo se salieron con la suya; con lo cual se demostró que tenían allá arriba, en los mismos cielos, alguna entidad de peso que les protegía. Bien ganada se tenían esta protección, porque él, enaltecido por su cariño; ella, aspirando á la honradez y ensayándose en practicarla, eran dos seres que valían cualquier dinero, ó, en otros términos, dignos de que se les facilitaran los medios de continuar su campaña virtuosa.

## IV

La única visita que recibían era la de Feliciano y Olmedo. Ni una ni otro agradaban mucho á Maximiliano: ella, por ser ordinaria y de sentimientos innobles, incapaz de apetecer la honradez como estado permanente; él, por ser muy atropellado, muy hablador, muy amigo de contar cuentos sucios y de decir palabras indecentes. Entraba siempre con el sombrero echado atrás, afectando una grosería de maneras que no tenía, imitando los modales y hasta el andar de los borrachos, arrastrando las palabras, pero absteniéndose de beber con disculpa de mal de estómago; en realidad, porque se mareaba y embrutecía á la segunda copa. En confianza dijo Maximiliano á Fortunata que debían mudarse de casa para no tener vecinos tan contrarios al método de personas decentes que se habían impuesto.

De todo lo que el enamorado pensaba hacer para la redención de su querida, nada le parecía tan urgente como enseñarla á escribir y á leer bien. Todas las mañanas la tenía media hora haciendo palotes. Fortunata deseaba aprender; pero ni con la paciencia ni con la atención sostenida se desarrollaban sus talentos caligráficos. Estaban ya muy duros aquellos dedos para

tales primores. El hábito del trabajo en su infancia había dado robustez á sus manos, que eran bonitas, aunque bastas cual manos de obrera. No tenía pulso para escribir; se manchaba de tinta los dedos y sudaba mucho, poniéndose sofocada y haciendo con los labios una graciosa trompeta en el momento de trazar el palote.

—Nada de hociquitos, hija de mi alma; eso es muy feo—le decía el profesor acariciándole la cabeza.—No agarrotés los dedos... Si es cosa sencillísima, y lo más fácil.

Ya se ve, para él era fácil; pero ella, que en su vida las había visto más gordas, hallaba en la escritura una dificultad invencible. Decía con tristeza que no aprendería jamás, y se lamentaba de que en su niñez no la hubieran puesto á la escuela. La lectura la cansaba también y la aburría soberanamente, porque después de estarse un mediano rato sacando las sílabas como quien saca el agua de un pozo, resultaba que no entendía ni jota de lo que el texto decía. Arrojava con desprecio el libro ó periódico, diciendo que ya no estaba la Magdalena para tafetanes.

Si en el orden literario no mostraba ninguna aplicación, en lo tocante al arte social no sólo era aplicadísima, sino que revelaba aptitudes notables. Las lecciones que Maximiliano le daba referentes á cosas de urbanidad y á conocimientos rudimentarios de los que exige la bue-

na educación eran tan provechosas, que le bastaban á veces indicaciones leves para asimilar-se una idea ó un conjunto de ideas. «Aunque te estorbe lo negro—le decía él,—me parece que tú tienes talento.» En poco tiempo le enseñó todas las fórmulas que se usan en una visita de cumplido, cómo se saluda al entrar y al despedirse, cómo se ofrece la casa, y otras muchas particularidades del trato fino. Y también aprendió cosas tan importantes como la sucesión de los meses del año, que no sabía, y cuál tiene treinta y cuál treinta y un días. Aunque parezca mentira, éste es uno de los rasgos característicos de la ignorancia española, más en las ciudades que en las aldeas, y más en las mujeres que en los hombres. Gustaba mucho de los trabajos domésticos, y no se cansaba nunca. Sus músculos eran de acero, y su sangre fogosa se avenía mal con la quietud. Como pudiera, más se cuidaba de prolongar los trabajos que de abreviarlos. Planchar y lavar le agradaba en extremo, y entregábase á estas faenas con delicia y ardor, desarrollando sin cansarse la fuerza de sus puños. Tenía las carnes duras y apretadas, y la robustez se combinaba en ella con la agilidad, la gracia con la rudeza, para componer la más hermosa figura de salvaje que se pudiera imaginar. Su cuerpo no necesitaba corsé para ser esbeltísimo. Vestido enorgullecía á las modistas; desnudo ó á medio vestir, cuando